

PEDRO AMORÓS

BEATRIZ CENCI,
UNA HISTORIA ROMANA

Colección de Teatro
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Pedro Amorós

De la edición: © Ediciones Irreverentes
febrero de 2009

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

editor@edicionesirreverentes.com

ISBN: 978-84-96959-29-3

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Maquetación: Absurda Fábula

Imprime Publidisa

Impreso en España

PERSONAJES

NARRADOR

BEATRIZ CENCI (hija de Francisco Cenci)

MARCIO (maestro de Beatriz y Santiago, y criado de Francisco Cenci)

OLIMPIO (criado de Francisco Cenci)

MONSIGNOR GUERRA (allegado del pontífice de Roma)

FRANCISCO CENCI (padre de Beatriz y dueño del palacio Savella en Roma y del palacio-fortaleza Petrella en Nápoles)

LUCRECIA PETRONI (mujer de Francisco Cenci y madrastra de Beatriz)

SANTIAGO CENCI (hermano de Beatriz)

DONCELLAS (Acompañantes de Francisco Cenci)

CRIADO DE FRANCISCO CENCI en el palacio-fortaleza Petrella

CLEMENTE VIII (pontífice de Roma)

FERRANTE TAVERNA (gobernador de Roma)

CRIADO VIEJO (Calías) en el palacio Savella

CRIADO JOVEN en el palacio Savella

ULISES MOSCATI (juez)

ASISTENTE en la cárcel de Nápoles

A la memoria siempre viva y presente de mi madre

ACTO I

ESCENA PRIMERA

(Roma. Sala del palacio Savella, propiedad de Francisco Cenci. El narrador entra en escena)

NARRADOR

En el año 1598, en Roma, un terrible suceso tuvo lugar. Beatriz Cenci, una joven de dieciséis años, hija de Francisco Cenci, humillada y golpeada por su propio padre, sin fuerzas, suplicaba el fin de su tormento. Secuestrada por espacio de dos años en el palacio Savella, atormentada por los celos de su progenitor y perdida su virginidad de la forma más horrible que pueda imaginarse, decidió finalmente maquinara una conspiración que tenía como objetivo acabar con la vida de su padre. Beatriz Cenci necesitaba hombres dispuestos a ejecutar su venganza. La historia se inicia en este punto.

(El narrador sale de escena y entra Beatriz Cenci en la sala del palacio Savella)

BEATRIZ CENCI

Mi alma está consumida por el dolor y el sufrimiento. No puedo más... ¿Es necesario acaso que esta desgracia se prolongue de forma infinita? No ceso de lamentarme pero la verdad que es que nadie se apiada de mí. Por eso he decidido tomar medidas drásticas. En una situación como ésta sólo caben dos soluciones: el suicidio o la muerte del causante de todas mis desgracias. He optado por la segunda y ansiosa espero que Marcio y Olimpio cumplan mi encargo.

(Se oyen pasos en la sala y se produce la llegada de Marcio y Olimpio a instancias de un mensajero enviado por Beatriz)

MARCIO

Hola Beatriz. Hemos venido lo más rápido posible, en cuanto el mensajero nos has informado de tu... proyecto. Olimpio y yo estamos preparados.

BEATRIZ

No esperaba menos de vosotros, especialmente tú, Marcio. Ya sabes que te tengo un especial cariño desde pequeña. Siempre has estado cerca de mí y no olvido tus enseñanzas *(Tras una breve pausa)* No os preocupéis por el mensajero, es de fiar.

OLIMPIO

Haremos lo que usted mande, señorita Beatriz.

BEATRIZ

Y yo tengo confianza en vosotros. Siempre os he tratado como amigos y por eso espero que llevéis a término el encargo que os he pedido. *(Tras una pausa)* Debéis matar a Francisco Cenci.

OLIMPIO

Puede contar con nosotros. *(Señalando a Marcio)* Somos complacientes y cumpliremos.

BEATRIZ

Todo está en vuestras manos. El resto no tiene importancia.

MARCIO

Tenemos miedo por tu futuro, no por el nuestro.

BEATRIZ

Yo no tengo futuro.

MARCIO

No digas eso. Todavía eres joven y te esperan nuevas oportunidades de alcanzar la felicidad.

BEATRIZ

No digas, Marcio, algo que no sientes y en lo que no crees. La cuestión aquí no es la edad sino la esencia misma de las cosas. Y tú sabes bien que no hay segunda oportunidad para mí.

(Marcio calla. Se oyen voces desde el exterior de la sala. Beatriz sale de la escena con paso lento)

MARCIO

(en voz baja)

En el aire suena la voz de un impostor.

(Monsignor Guerra entra en la sala con aire de hombre distinguido)

MONSIGNOR GUERRA

(con cierta irritación)

Nadie me hace caso en esta casa. *(Con brusquedad)* ¿Se puede saber, Marcio, dónde puedo encontrar a Beatriz?

MARCIO

Acaba de salir. Se encontraba indispueta.

MONSIGNOR GUERRA

Esta muchacha tiene el don de desaparecer cuando llego.

MARCIO
(en susurros)

Una habilidad, sin duda alguna.

MONSIGNOR GUERRA

¿Qué murmuras, Marcio? Mira que mi paciencia tiene un límite. No me gusta tu indiscreción.

MARCIO

Estaba pensando en la habilidad que demuestra siempre su señoría en el empleo de las palabras. No hay una sola persona distinguida en Roma que no sepa apreciar esta cualidad. No es la primera vez que escucho en determinados círculos elegantes a gente de posición elevada hacer referencia a la forma en que MONSIGNOR GUERRA encuentra la palabra más apropiada para cada ocasión.

MONSIGNOR GUERRA

Un hombre de mi prestigio, que lleva la mantelleta, debe ser certero con el lenguaje.

MARCIO

Más aún si se tiene en cuenta que monsignor es uno de los allegados de nuestro gran pontífice.

MONSIGNOR GUERRA
(con cierto gesto de menosprecio)

Te entiendo perfectamente, Marcio. Tu juego no me pasa desapercibido. Nunca me has gustado, y te adelanto que tus días están contados.

MARCIO

Todos tenemos los días contados.

MONSIGNOR GUERRA

A ti, Marcio, te quedan pocos en esta casa. Es cuestión de tiempo. Tan sólo espero el momento en que Francisco Cenci se decida a pagar la dote de su hija. Y has de saber que me cargas con tu palabrería. *(Tras una pausa)* Voy a las habitaciones de Beatriz. Necesito salir de aquí.

(Monsignor Guerra sale de escena)

OLIMPIO

Volviendo a lo nuestro... Bueno, ya sabes, ¿Qué debemos hacer?

MARCIO

Llevarlo a efecto, Olimpio, llevarlo a efecto.

OLIMPIO

(sonriendo irónicamente)

Serías capaz de morir por Beatriz.

MARCIO

No pienses que estoy loco. Simplemente hay cosas que no están al alcance de tu entendimiento. Por cierto, recuerda que el dueño de esta casa te echó de la fortaleza Petrella.

OLIMPIO

Es verdad, en Nápoles era alcaide de la fortaleza. Ahora soy un simple criado.

MARCIO

¿Olvidas?

OLIMPIO

No olvido. El odio me consume cada vez que lo pienso.

MARCIO

El odio será un buen auxilio para nuestros propósitos. ¿Crees, acaso, que no tengo miedo? Sin embargo, debemos armarnos de valor y actuar rápido según lo previsto.

OLIMPIO

Valor me sobra y recordando lo de Nápoles he recobrado el interés.

MARCIO

Veo que estás dispuesto.

OLIMPIO

Ya no pienso más que en acabar con ese canalla.

MARCIO

(sonriendo)

Te das cuenta, Olimpio, lo fácil que es conducir a los hombres por la senda del odio. Sólo es necesario un pequeño empujón, un detalle, un pequeño y oscuro recuerdo, algo que inflame nuestro pecho y llene de ira nuestro corazón. *(Tras una pausa)* Salgamos, Olimpio. Tenemos que ultimar los preparativos de nuestro proyecto.

(Marcio y Olimpio abandonan la escena)

ESCENA SEGUNDA

(Patio del palacio Savella)

FRANCISCO CENCI

(señalando la iglesia de Santo Tomás, en el interior del palacio)

Aquí quiero meterlos a todos, en el interior de la iglesia. Mis hijos reposarán en palacio, y una vez estén enterrados prenderé fuego al edificio *(Sonriendo)* No se puede negar que soy un padre previsor. Anuncio la muerte de mis hijos, su viaje hacia la tumba. Nadie me sobrevivirá. Ni siquiera Beatriz. *(Tras una pausa)* Ah, qué placer siento, todavía conservo el contacto de su cuerpo.

(Lucrecia Petroni, mujer de Francisco Cenci y madrastra de Beatriz, entra en escena)

LUCRECIA

(con lágrimas en los ojos)

Eres un canalla, un monstruo.

FRANCISCO CENCI

¿Qué murmuras, desgraciada? ¿No te impone respeto mi presencia? Deja de lamentarte o acabarás tundada a palos.

LUCRECIA

Tu hija no aguantará mucho esta situación y es capaz de hacer cualquier cosa. Lo sabes bien.

FRANCISCO CENCI

(con desprecio)

A mí nadie me puede detener.

LUCRECIA

Tus hijos acabarán apelando al pontífice.

FRANCISCO CENCI

Ése no puede hacer nada contra mí.

LUCRECIA

Ten en cuenta que tu hija te odia más que yo.

FRANCISCO CENCI

*(sin hacer caso a las palabras de Lucrecia, contemplando
la iglesia de Santo Tomás)*

¿No te has fijado en lo hermosa que es la iglesia de Santo Tomás?
¿Sabes cuál es el proyecto que tengo entre manos? *(sonriendo)* Seguramente te gustará. Déjame que te cuente.

(Olimpio entra en el patio)

OLIMPIO

(dirigiéndose a Francisco Cenci)

Monsignor Guerra solicita su presencia.

FRANCISCO CENCI

Un desgraciado anuncia a otro desgraciado.

OLIMPIO

Como usted diga, señor.

FRANCISCO CENCI

(riendo a carcajadas)

No me cabe ninguna duda de que eres un cretino, Olimpio. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

OLIMPIO

Si usted lo dice. Ya sabe que soy un hombre bastante sumiso. Forma parte de mi carácter.

FRANCISCO CENCI

Me desesperas. Ya no sé que hacer contigo. En fin, tendré que marcharme y hablar con ese afeminado porque si permanezco a tu lado soy capaz de acabar contigo.

(Francisco Cenci sale de escena)

OLIMPIO

(a Lucrecia)

Señora, graves noticias. Su hija sigue adelante con el encargo que nos hizo ayer.

LUCRECIA

¿Y qué pensáis vosotros? Estáis dispuestos a cumplir el encargo.

OLIMPIO

Estamos dispuestos, sobre todo Marcio.

LUCRECIA

Tú harás lo que yo te mande.

OLIMPIO

Soy un hombre fiel.

LUCRECIA

No se puede ser fiel a dos amos al mismo tiempo.

OLIMPIO

Cumpliré sus deseos.

LUCRECIA

Y yo te ordeno que de momento no hagas nada al respecto. *(Tras una pausa)* Conviene actuar deprisa. Me preocupa Marcio.

OLIMPIO

Adora a Beatriz.

LUCRECIA

(en voz baja, con los dedos en la boca)

Debo pensar en algo. El hombre cambia de opinión con facilidad. Es inconstante y nunca está satisfecho.

OLIMPIO

¿En qué piensa?

LUCRECIA

(con los ojos algo descajados, ensimismada, parece haber recordado algo)

Me vienen a la memoria viejas historias.

OLIMPIO

¿A qué historias se refiere?

LUCRECIA

Esta familia tiene una larga historia que se remonta a los tiempos antiguos. Una época trágica. La historia se ha transmitido de generación en generación. Se dice que un día llegará en que una joven de esta familia cometa un parricidio. Nadie la ayudará y se quedará totalmente sola. Sufrirá todo tipo de torturas y finalmente abandonará este mundo.

OLIMPIO

Es una historia triste y trágica, pero puede tratarse simplemente de una leyenda.

LUCRECIA

No comprendes nada, Olimpio. Nos acecha la muerte, pero hay que seguir adelante y aferrarse a la última esperanza. Hablaré con el hermano de Beatriz, él puede remediar estos males.

(Lucrecia se retira de la escena lentamente)